

QUINQUIS

Agustín García Meana



QUINQUIS

AGUSTÍN GARCÍA MEANA.

Si bien algunos de los sucesos y localizaciones que se describen en la siguiente historia están basados en hechos y lugares reales, tanto personajes como acontecimientos son ficticios y, únicamente, la intención del autor por hacerlos parecer reales puede ser la causa de que se confundan con la realidad.

Las descripciones que se ofrecen de la ciudad de Gijón en la época en que transcurre la historia, se han obtenido de los libros “Los Barrios del Sur” e “Historias de El Llano”, ambos publicados por el Ayuntamiento de Gijón y escritos por Luis Miguel Piñera Entrialgo y Francisco Javier Granda Álvarez; así como, de la propia experiencia del autor, natural del barrio de Contrueces. Si existiese alguna incoherencia con la realidad, es porque esta ha podido ser trastocada por los recuerdos del autor, nacido en el año setenta y seis, por lo que, de antemano, pide disculpas.

La historia trata de retratar una época, desde un punto de vista lo más realista posible, por lo que, de sentirse alguna persona identificada o injuriada, esto en modo alguno ha sido la intención del autor. Generalizar sobre las personas, lugares o situaciones descritas en la historia, se escapa totalmente de la intención del autor, que se ha limitado a centrarse en historias concretas que nada tienen que ver con la generalidad.

EL AUTOR
Agustín García Meana.

QUINQUIS es, por un lado, un homenaje a aquellas películas de Eloy de la Iglesia o José Antonio de la Loma que, entre finales de los 70 y principios de los 80, reflejaron una realidad de la España de la transición, dando lugar al género conocido como “*cine quinquí*”. Por otro, es un viaje del autor a su infancia, aglutinando los recuerdos y trayendo al presente todo aquello que, de alguna forma, siempre se añora. Nace, pues, de la necesidad de implorar el recuerdo para dejarlo grabado, y del extraño sentimiento que de alguna forma, pasado el tiempo, despiertan aquellos delincuentes juveniles, peligrosamente unidos a la droga, a los que la cultura popular denominó como “*quinquis*”.

*La radio de aquel coche supuso un antes y un después.
Mi vida se aceleró demasiado después de aquella noche.*

*José Francisco Rodríguez Canal (alias "Paquito").
Centro Penitenciario de Villabona.*

PARTE I.
BARRIO DE CONTRUECES, GIJÓN.
PRIMAVERA DE MIL NOVECIENTOS SETENTA Y SIETE.

1.

Paquito recogía un ladrillo del suelo, al pie de la abollada valla metálica que servía de inútil cerramiento a las obras de la calle, y, sin más dilación, lo estampaba contra el cristal del SEAT 850 aparcado en el borde de la acera. La una de la madrugada, ni un alma por una calle cuya farola más cercana estaba a cien metros. Oculto por las sombras de la noche, abría la puerta del coche y se abalanzaba en su interior. Entretanto, “el Piños”, ya se había situado estratégicamente al lado de la puerta, la espalda apoyada sobre el coche, las manos en los bolsillos de su chupa, mirando a uno y otro lado, atento para no ser sorprendidos. Poco después, Paquito se reincorpora –el radio-casete entre las manos–, azuza a su compañero y salen corriendo.

Corrían calle arriba entre risas. Reían, reían y se empujaban a modo de broma uno al otro mientras buscaban donde guarecerse. Eran risas de satisfacción por la hazaña lograda; risas nerviosas de quien ha salido victorioso de su primer hurto. ¿El primero? A aquel le precedían múltiples hurtos mucho menores; el radio-casete de un coche suponía su iniciación en el mundillo de la delincuencia mayor, de aquella que practicaban “el Pupas”, “el Mamen”, o “el Porro”; no mucho mayores que ellos, tan solo un par de años. Corrían satisfechos, comentando cómo sería la cara de “el Mamen” cuando, al día siguiente, se presentasen en el “parque” con el fruto de aquella noche. Seguramente dejarían de ser unos críos mea cunas y los reconociesen como lo que eran: hombres. Hombres de catorce años.

Llegaron a la barriada obrera, construida por la Obra Sindical del Hogar en los años sesenta, y situada bajo la presencia del Santuario de Nuestra Señora de Contrueces y el palacio de San Andrés de Cornellana. Toda ella era un conglomerado de edificios pensados para alojar a familias de obreros, en su mayoría procedentes de fuera de la ciudad, y construidos en terrenos encharcados alejados del centro y con servicios inexistentes; aún así, suponía el comienzo del crecimiento del barrio, en la periferia sur de la ciudad.

Se ocultaron en una de las callejuelas, apenas iluminada, que había entre los edificios. Allí tenían su refugio, y allí mataban las horas un día tras otro, dejando pasar un tiempo al que en modo alguno sabían sacar provecho, bajo los tendales de ropa secando al sol, aprendiendo lo que la calle les podía enseñar; y nunca la calle ha sido maestra de buenas enseñanzas. Los chicos como ellos no eran más que la consecuencia de los actos de otros, y el subproducto no previsto de unos años convulsos para una sociedad sometida a cambios que era incapaz de digerir, condicionado por un urbanismo apresurado, más ocupado en dar cobijo que en ofrecer vivienda, construido a base de fachadas de ladrillo y hormigón. Un urbanismo sin ningún tipo de planificación en el que se alternaban los pisos de protección oficial, promovidos por el Plan Nacional de la Vivienda Francisco Franco, con los de renta limitada de la Obra Sindical del Hogar, en la parte alta del barrio, y los subvencionados de la empresa Uninsa y varias manzanas construidas siguiendo una estética uniforme, un poco más abajo. Entre los edificios, multitud de solares sin edificar, abiertos muchos de ellos, y otros mal vallados por muros de ladrillo medio derruidos, y en los que los chiquillos montaban las hogueras de San Juan. En lo que se daba en llamar El Llano Alto, donde ambos barrios se confundían, se encontraban las infraviviendas obreras formadas por pequeñas y modestas casas, en su mayoría de una única planta, que en algún caso formaban habitáculos tipo ciudadela, con pequeñas casitas en un patio interior ocultas a la vía principal. Calles estrechas mal iluminadas, y explanadas de grava llenas de socavones, charcos y barro. A un barrio, en el que aún perduraban las casas con su huerta, sus vacas y sus gallinas, iban llegando, desde diferentes lugares de la provincia, familias obreras con hijos pequeños, o matrimonios jóvenes que buscaban su futuro en una ciudad cuyo apogeo industrial, sin embargo, iba quedando atrás. Eran años en los que los niños pasaban las tardes en la calle, jugando a la pelota en medio de unas calzadas por las que apenas transitaban coches; años convulsos en los empezaban a proliferar las pandillas callejeras.

Buscaron un lugar resguardado entre los edificios, y cuando creyeron encontrarlo, corrieron hacia él y se agazaparon en el suelo, uno al lado del otro, la espalda contra la fachada; encima de ellos, la ventana, persiana cerrada, de

lo que era la habitación de uno de los entresuelos, a poco más de metro y medio sobre sus cabezas.

Paquito sonreía orgulloso, observando el radio-casete como aquel que observa absorto un trofeo logrado con esfuerzo. “El Piños” le miraba, sonrisa en boca. Se sabían cómplices de aquel éxito. Recuperados de la carrera, y a salvo en lugar seguro, “el Piños” introdujo la mano en el bolsillo interior de su chupa beige, y sacó un arrugado cigarro liado a mano que mostró a su compañero.

–¡Hostias, colega! ¿Dónde apañaste eso? –exclamó Paquito.

–Me lo pasó “el Porro”.

–¿Y eso?.

–Na, le dije que íbamos a birlar una radio y me lo dio –Paquito le hizo un gesto con la cabeza, a modo de beneplácito para que siguiese hablando–. “Pa” que nos lo fumásemos si la cosa nos salía bien. ¿Qué me dices?.

–Que nos lo fumamos. Esto hay que celebrarlo.

–¿Tienes fuego?.

Paquito buscó en el bolsillo de su pantalón vaquero, y sacó un mechero de gas; se lo dejó a su compañero. “El Piños”, apenas ducho en fumar, prendió el cigarro y echó la primera calada. Paquito, entre risas, vio cómo su amigo se atragantaba con la segunda bocanada de humo.

–Trae para acá. No tienes ni idea.

Paquito sí la tenía; demasiada para su edad, podría decirse. Le pegó una profunda chupada a aquel canuto, y exhaló el humo haciendo ademán de saborearlo como si fuese un experto catador de marihuana. Lo cierto era que hasta aquel día lo más fuerte que había fumado había sido algún Ducados de los que le robaba a su hermano, pero su afán por parecer mayor le hacía presumir delante de su compañero, como si llevase ya tiempo fumeteando porros. Con todo, en su fuero interno, Paquito se alternaba aquel canuto con su colega como si de un ritual se tratase; para él no era más que otro escalafón en su particular ascenso a la madurez.

–Joer, qué cojonudo, ¿no? –exclamó “el Piños” apoyando la cabeza contra la fachada–. Colocón me estoy pillando.

–Cojonudo... Cómo se las sabe montar el “Porro”...

Ninguno quería parecer débil a los ojos del otro, por eso fingían mantenerse firmes, aún cuando el mareo que les estaba provocando la marihuana les resultaba difícil de controlar. Pretendían hacer creer que fumar aquella hierba les generaba un indescriptible placer, aún cuando lo único que sentían era un terrible dolor de cabeza. Calada tras calada fueron dándole fin.

Aturdidos, aquejados por una terrible jaqueca fruto de la droga, no acertaban a moverse del suelo, la espalda contra la pared. Se sentían incapaces de articular palabra coherente, y aún menos de entrelazar más de tres que conformasen una frase. Así permanecieron los siguientes minutos: fingiendo digerir el disfrute proporcionado por aquella hierba que “el Porro” les había regalado. Ahora se creían un poco más adultos, y esto, en cierto modo, recompensaba lo que estaban pasando. Tristemente aquel porro no era más que algo normal en su transcurrir callejero, pero ellos no lo sabían; ellos eran ajenos a esta realidad, y únicamente veían y creían en su “realidad”, la que la calle les estaba enseñando, y en ésta, aquel cigarro, ciertamente, no era más que un indicador de que estaban creciendo, de que se iban convirtiendo en hombres.

–Voy para casa –dijo Paquito, aún con dificultad, media hora después–. Te veo mañana. Quedamos donde el Chema...

–¿Hora?

–A las once... –Paquito, torpemente, se reincorporó.

–¿Y las clases? –le preguntó “el Piños”.

–Que les den por el culo a las clases –le respondió y se empezó a alejar de su amigo, que seguía sentado en el suelo–. Paso de ir. Total para lo que me queda no tengo ganas de aguantar a la petardos esos...

Nadie le echaría en falta; esa era la triste realidad. En el aula de las viejas escuelas de Contrueces, barracones alienados en un descampado en mitad de la barriada obrera, donde años más tarde se acabaría construyendo el ambulatorio, y propios de un país tercermundista, nadie le echaría en falta. Para los maestros supondría un quebradero de cabeza menos, pues en modo alguno querían a aquellos conflictivos muchachos entre sus alumnos, aún cuando, como ocurría con Paquito, no hacían otra cosa que figurar, sentados en una esquina al final de la clase, sin hacer nada. Sin embargo, su sola presencia les incomodaba, pues les obligaba a estar más alertas; no por lo que

podieran hacer, sino por lo que pudieran “enseñar” a sus compañeros, muchos de ellos más inocentes por no llevar su estilo de vida callejera. Y, para el resto de los chicos, el que Paquito estuviese o no en clase, a la mayoría les era totalmente indiferente. Aquel muchacho de catorce años, pelo moreno a media melenita, desaliñada y sucia, de mirada tristonera pero desafiante, se mostraba distante con sus compañeros, con los que apenas hablaba. Llegaba a clase con su sucia y vieja mochila al hombro, se iba hacia el final, hacia la esquina donde tenía su mesa, arrojaba la mochila al suelo y se dejaba desplomar sobre la silla. El resto del tiempo, lo que duraban las clases, lo distraía jugueteando con su navaja entre sus piernas, o escribiendo sobre la mesa. En la mayoría de las ocasiones no se ocupaba ni de sacar los libros; cuando el maestro, más por vergüenza ajena que por gusto, le obligaba a hacerlo, él lo miraba con desgana y, sin articular palabra, los arrojaba sobre la mesa; entonces ocupaba el tiempo garabateando sus páginas.

En aquellas pequeñas aulas, en las que se hacían hasta cuarenta alumnos, bastante tenían los profesores con mantener el orden como para preocuparse por lo que hacían o dejaban de hacer muchachos como Paquito, siempre y cuando se mantuviesen callados. Aquellos se salían de la norma, y el sistema educativo no preveía ninguna acción de tipo orientativo o tutelar a través de la cual intentar su reinserción; en definitiva, su existencia no estaba prevista. Sin herramientas, los maestros se enfrentaban a unos muchachos –en su mayoría de familias desmembradas de las que no cabía esperar ayuda alguna–, de naturaleza nerviosa, desencantados con todo, e incapaces de ver más futuro que la miseria a la que estaban acostumbrados; muchachos que habían aprendido a delinquir a edades demasiado tempranas, y que hacían de la calle su modo de vida; incapaces de hacer otra cosa que no fuese deambular por ella, sin más interés que los coches, las chupas de cuero o las chavalas.

Paquito no tenía amigos entre sus compañeros. Apenas debía haber dos o tres con los que llegase a intercambiar alguna palabra. Más de chiquillos, había jugado al fútbol en la calle con muchos de ellos; sin embargo, con el transcurrir de los años, se habían ido distanciando. Con ellas, había cuatro o cinco con las que le gustaba flirtear, y no solían hacerle ascos, aún a pesar de que era normalito más bien tirando a feo; de siempre los que eran como él

solían ser del agrado de las chiquillas; otra cosa era que quisiesen pasar a mayores por mucho que se lo propusiese.

A aquel distanciamiento contribuían tanto Paquito como el resto de chicos. El primero, porque en su carrera hacia la “madurez”, aquellos muchachos que sólo pensaban en jugar al fútbol le parecían niños, y no entraban dentro del grupo de hombres con los que él se quería relacionar. Ellos, porque Paquito no era un buen ejemplo y, avisados por unos padres celosos por el futuro de sus hijos, preferían no tener relación con él, con quien, además, cada día tenían menos en común. No era que entre aquellos chicos no hubiese alguno con la misma naturaleza inquieta que Paquito; no, en modo alguno era esto, pues sí que los había. Lo que ocurría era que éstos, refugiados en núcleos familiares fuertes, y con algún referente más que la calle, retrasarían su entrada en el mundillo callejero hasta el bachillerato; incluso, alguno de ellos, con los años, acabaría por delinquir o metido en el mismo mundo que Paquito; a éste, su entorno sólo le hacía adelantar acontecimientos.

–¡Paquito! –el “Piños” reclamaba la atención de su colega entretanto intentaba ponerse en pie.

–¿Qué? –le respondió sin volverse.

–Te veo entonces mañana donde el Chema –concluyó el otro–. Paso de las clases.

–Entonces, hasta mañana.

No hubo más palabras. Pasadas las dos de la madrugada, un día entre semana cualquiera, Paquito se alejó hacia la casa de sus padres, un piso ubicado en uno de los últimos edificios de la barriada obrera, en la parte alta, cerca del palacio de San Andrés, al pie de los descampados en los que pocos años después se ubicarían los colegios Noega y Nicanor Piñole.

Abriría la puerta del portal, que dejaría que se cerrase dando un fuerte portazo, subiría hasta el segundo saltando las escaleras de dos en dos, entraría en la casa y se iría hacia su habitación sin que nadie le dijese nada; ni tan siquiera tendría la necesidad de silenciar sus pasos por el pasillo, ni de entrar a oscuras. Únicamente Diego, su hermano pequeño, de ocho años, que dormía en su misma habitación, con los ojos cerrados y en medio del sueño, sin llegar a despertarse, le llamaría por su nombre, a fin de asegurarse de que era él quien llegaba a aquellas horas; a Paquito le bastaría con un «sí, soy yo,

duérmete», para zanjar el asunto, quitarse los zapatos y los pantalones, y arrojarse bajo las sábanas de su camastro, en la parte superior de la litera que compartía con el pequeño, no sin antes ocultar el radio-casete robado. Llegar a aquellas tardías horas de madrugada se estaba convirtiendo en una costumbre, una rutina que nadie en aquella casa parecía tener el más mínimo interés de evitar. Quizás por desidia, quizás porque la situación familiar naufragaba en una crisis cada día más honda y de futuro más oscuro.

En la habitación contigua, sus padres dormían en camas separadas desde que su madre diera a luz a Diego. Su padre, parado desde hacía muchos años, y con ninguna esperanza de regresar al mundo laboral, había caído en un alcoholismo que agravaba sus problemas. Su madre estaba más ocupada en esquivar las borracheras de su marido, que en atender a la educación de sus hijos, función ésta que había delegado en Nuria, su única hija. La economía familiar sobrevivía, a duras penas, gracias al dinero que mal ganaba Juancho, el hermano mayor que, con dieciocho años y sin ningún tipo de formación, más que un E.G.B. medio negociado, se levantaba todas las mañanas para ir a trabajar descargando sacos en un almacén de legumbres.

Paquito se arropó con las mantas. Aún tardó unos minutos en cerrar los ojos y dormirse. Allí, la mirada perdida en la oscuridad del pequeño cuarto, oía cómo su padre roncaba al otro lado de la pared. Rosa, su madre, dormía en silencio las penurias que soportaba durante el día.

2.

El colegio abría sus puertas a las nueve de la mañana. Nuria entró en su habitación pasadas las ocho y les despertó. Paquito, a regañadientes, salió de la cama y se vistió; el tazón de Cola-Cao con galletas María, que le esperaba en la cocina, hacía que el madrugón valiese la pena.

Nuria preparaba el desayuno todas las mañanas. Ella era quien se encargaba de limpiar, fregar, planchar, lavar, y mantener más o menos ordenado el piso en el que vivían, siempre en la medida que se lo permitían las discusiones de sus padres, o el desorden inducido por su hermano pequeño. Morena, pequeña y regordeta, de carácter afable y tranquilo, se había visto obligada a adoptar el rol de hermana mayor responsable, y a echarse sobre sus espaldas el mantenimiento diario del hogar y cuidado de sus dos hermanos menores; con Paquito poco podía hacer, por lo que solía centrarse en el pequeño Diego. De algún modo trataba de sustituir a su madre en la educación de sus hermanos, y luchaba un día tras otro para que estos no acabasen metidos en la delincuencia y la droga, tratando de aconsejarles, con su mirada tristonera y su voz tranquila. Aquel día, como todos los días, les daría el desayuno, y después acompañaría al pequeño hasta la puerta de la escuela; Paquito iría por libre. Al volver a casa, fregaría los cacharros y esperaría a que su padre se levantase de la cama; no sería antes de las diez de la mañana; nunca aquel obrero en paro se levantaba antes de la diez. Ella le prepararía su café, y untaría con mantequilla sus tostadas; no habría palabras, pues nunca las había, y su padre únicamente se limitaría a desayunar para, después, irse al bar, donde dejaría pasar el tiempo hasta la hora de comer. Tras esto, ella vagaría por la casa de un lado para otro, limpiando, haciendo las camas, ordenando lo poco que había para ordenar. Hacia las doce llegaría su madre, en pie desde las seis de la mañana, cuando abandonaba la casa para ir a fregar portales al centro, en donde se dejaba las manos por cuatro pesetas; traería la compra y se encerraría en la cocina para hacer la comida. Con ella, Nuria hablaba algo más, pero nunca sobre sus hermanos.

Paquito se coló por las callejuelas interiores de la barriada obrera, despistando a su hermana; tenía que aprovechar el tiempo que restaba entre que Nuria dejaba al pequeño Diego en la escuela y regresaba a casa. Serían

quince o veinte minutos, pero suficientes para que él se hiciese con el radio-casete que tenía oculto en su habitación. Lo guardó en la mochila, junto a sus libros; aquellos eran heredados en su mayoría de sus hermanos; por aquel entonces, aún esto era posible. Sabía bien por qué calles subiría su hermana, así que, solo tuvo que coger un desvío por otras, las callejuelas interiores que tan bien conocía.

Si aquel día hubiese llovido, seguramente hubiese ido a la escuela; al menos allí estaba guarecido del agua. Pero no fue así, sino que entretuvo el tiempo hasta las once –hora a la que había quedado con “el Piños” en el “Pinbol”–, vagando por las calles del barrio, hasta acabar sentado en un banco de las zonas ajardinadas de la barriada obrera, donde esperó fumando un cigarrillo Ducados que le había robado a Juancho.

El sonido de la sirena del colegio rompió la monotonía en varios metros a la redonda: eran las once, la hora del recreo. Ya hacía un buen rato que Paquito les daba a los botones de la máquina de Pin Ball, bajo la atenta mirada del Chema. El Chema, o el “jefe”, como lo llamaban los chicos, era un cincuentón pequeño, regordete y calvo, parco en palabras y un tanto esquivo que, sin embargo, parecía congeniar bastante bien con los chicos que frecuentaban su pequeña sala de recreativos: el “Pinbol”, en uno de aquellos pequeños bajos de la calle cubierta que empezaba donde el Hogar del Pensionista. Regentada por aquel hombre, siempre con su bata azul y su faldón de cuero al cinto en donde guardaba las monedas del cambio, era una pequeña sala en donde no había más que un futbolín en el centro, y tres máquinas Flippers alienadas a lo largo de una pared; en una esquina había un mostrador en el que el “jefe” tenía un pequeño quiosco con las chucherías y pastelitos básicos. Próximo a las escuelas, los chavales de mayor edad solían escaparse hasta allí a la hora del recreo. Antes de esa hora, cuando había llegado Paquito, no solía haber nadie, o casi nadie, tan solo los que como él habían decidido hacer pellas; pero éstos eran los menos. Cosa diferente eran las tardes; entonces solía haber demasiada gente, demasiados niños con los que Paquito no tenía interés alguno por relacionarse; para él, a partir de las seis de la tarde la sala estaba demasiado llena. Pero por las mañanas, hasta las once, podía matar el tiempo tranquilamente jugando con aquellas máquinas; y lo hacía con una destreza envidiable, pues en muchas ocasiones

había sido capaz de sacarle una partida extra al Pin Ball, haciendo virguerías y “golpeando” la máquina de forma que no le saltase el “tilt”, que suponía el final del juego. El Chema nunca le había preguntado, nunca se había metido en las razones de por qué no estaba en clase; se mantenía al margen, pues sin ser un hombre de muchas luces, entendía que no le correspondía a él velar por la educación de aquellos chicos, sino únicamente proveerles de diversión y entretenimiento; él no era nadie para juzgarles, y aún menos iba a ejercer de quijote. Y quizás por esto, porque se mantenía al margen, llegaba a congeniar tan bien con sus jóvenes clientes.

–Paquito... ¿Qué tal?.

“El Piños” acababa de entrar y se dirigía hacia la máquina recreativa donde estaba su colega; al final no había hecho pellas. Paquito le devolvió el saludo sin levantar la vista del cristal de la máquina; estaba a punto de conseguir una partida extra y no iba a dejar que se lo estropease una distracción. “El Piños” se quedó de pie al lado de la máquina, observando cómo jugaba su colega; él nunca había sido capaz de sacarle una partida extra, ni tan siquiera de conseguir una puntuación decente, así que, de alguna forma, Paquito era un referente para él; aunque no fuese consciente de ello, su amigo era un referente en muchos otros aspectos de la vida; de esto tardaría unos años en percatarse.

Pim, pam, pum, bola para arriba, bola para abajo, luces de colores y llamativos sonidos daban emoción al juego. Paquito se esforzaba por conseguir su objetivo, pero al final, una bola maldita se lo impidió; consiguió una buena puntuación, pero no la partida extra. Arreó un fuerte golpe en el lateral de la máquina, como expresión de su ira, y se volvió hacia su colega.

–Hola. Al final fuiste a clase, ¿no? –le dijo mientras recogía del suelo su bolsa deportiva.

–Sí, bueno... –era como si el “Piños” se disculpase; balbuceó una serie de motivos inconsistentes con los que pretendía justificarse.

–Da igual... Total, estuve por ahí dando una vuelta...

–Qué vas a hacer ahora?.

–Me voy al parque, a ver a “el Mamen” –le respondió Paquito mostrándole la bolsa–. Quiero ver la cara que pone cuando le enseñe lo que apañamos anoche.

–Voy contigo.

–Por mí, vale –a Paquito le gustó la idea de que su colega le acompañase–. ¿Tienes suelto?. ¿Echamos un fútbolin?.

–Venga...

La estrategia consistía en hacerse con el fútbolin antes que nadie. Entonces, aquellos que se lo quisiesen quitar les tendrían que retar a una partida, por supuesto pagarla, y ganarles, pues esas eran las reglas y así debía ser. Paquito y el “Piños” hacían muy buena pareja de fútbolin.

–Hola.

Paquito apartó la vista del fútbolin y miró hacia el extremo de la mesa. Allí estaba Marta: era algo así como su novia. De estatura media para una chica de trece años, morena, de cara resultona, que no guapa, de esas niñas que desarrollan muy rápido, y mucho, adquiriendo voluptuosas formas de mujer a muy temprana edad; esto la diferenciaba del resto, y suponía la razón de porqué Paquito la había elegido. Descarada y bastante respondona, respetaba, no obstante, todas aquellas normas que a Paquito le gustaba trasgredir. Sus padres regentaban el quiosco “Golosinas”, muy bien situado en una céntrica esquina del barrio; por aquel entonces, amasaban fortuna a base de vender chicles Cheiw y regalices, lo que les hacía gozar de una buena posición económica, desde la que inculcaban a su hija una educación muy diferente a la que recibía Paquito. En fin, Marta se criaba en una familia estructurada que no pasaba apuros económicos, y su educación, sus valores, su forma de actuar, distaban mucho de los de aquel muchacho con el que, sin embargo, le gustaba relacionarse. Quizás por su carácter desvergonzado, unido a esa rebeldía propia de la edad, aquella muchacha necesitaba romper con las normas establecidas, y Paquito era su forma de trasgresión.

–No has ido a clase –le reprochó Marta.

–No... ¿Y? ¿Pasa algo? –le respondió Paquito, desafiante.

–A mí me da igual.

–¿Quién es tu amiga?.

Paquito se había percatado de que Marta venía acompañada de una muchacha que él no conocía. Aquella se mantenía rezagada y se mostraba tímida. Rubia, de melena lisa, los rasgos de su cara denotaban una marcada inocencia, la misma que Marta hacía tiempo que había perdido. No era

resultona sino, simplemente, guapa, mucho más que su amiga, pero con sus formas de mujer aún por desarrollar, por lo que dejaba adivinar el jersey de cuello alto con el que se abrigaba; sin embargo, esto, que en el caso de Marta era lo que le gustaba a Paquito, no parecía disgustarle, pues aquella muchacha de cara amable, rasgos suaves e inocentes, y guapa, muy guapa, había llamado su atención.

–Silvia –le respondió Marta de forma tajante.

–No la conozco –replicó Paquito.

–Ya. Es de otra clase. Nos conocimos esta semana –se explicó ella.

–Y tú, ¿qué? –Paquito se dirigió a la muchacha, que seguía manteniéndose oculta tras la espalda de su amiga–. ¿Eres de por aquí?

No obtuvo respuesta. Silvia únicamente se encogió de hombros. La podía la timidez y, de alguna forma, la insolencia con la que Paquito se dirigía a ellas la retraía aún más, pues, por ser como era, no sabía cómo enfrentar los modos de aquel chico; no le ocurría lo mismo a Marta, que disfrutaba enfrentándose verbalmente con él.

–¿Qué le pasa a tu amiga? ¿No tiene lengua? –le espetó Paquito a Marta.

–Es un poco tímida –respondió ella.

–Ah... Entonces como tú, ¿eh?.

–Imbécil...

Paquito esbozó una sonrisa burlona y sacó un cigarrillo del bolsillo de su cazadora. Miró de reojo a Marta; sabía que a aquella joven no le gustaba que fumase. Cruzaron sus miradas; la de ella a modo de reproche, la de él provocadora, pues iba a hacer lo que le diese la gana, no le que ella le dijese. Haciendo gala de una inusual destreza para un chico de su edad, prendió el cigarrillo con un mechero que le había dejado el “Piños”, y exhaló el humo de la primera calada, poco a poco, con chulería pependenciera, sin dejar de mirar a su chica.

–Sabes que no me gusta que fumes –le reprochó la muchacha.

–A mí que más me da lo que a ti te guste o te deje de gustar –fue la respuesta chulesca de Paquito, sonrisa irónica en la boca.

–Eres un imbécil...

–Ya... –Paquito no iba a discutir. No, pues no tenía nada que discutir. Él hacía o deshacía lo que le venía en gana, y punto–. Oye, ¿queréis unas “Cocas”? –cambio de tema.

–¿Invitas tú? –interpeló ella.

–Sí, qué pasa. ¿No puedo?.

–Por mí, vale...

Ni el “Piños” ni Silvia, la amiga de Marta, tenían parte en aquella conversación. Uno, porque sabía que Paquito llevaba la iniciativa y era el único interlocutor cuando Marta estaba delante; la otra, porque su timidez no se lo permitía y prefería mantenerse por detrás de su amiga, pues ésta sí que parecía saber cómo tratar a aquel macarra.

–A compartir, eh... –apostilló Paquito–. Yo comparto con Silvia.

–¿Y por qué no conmigo? –Marta, por un momento, se mostró celosa.

–Porque me apetece compartir con ella, ¿qué pasa? –rebatió Paquito.

–Que eres un idiota.

–Ya... Seguro... –Paquito echó una calada, a modo de importancia–. ¿Quieres la “Coca” o no? –sentenció, segundos después.

–Pero yo comparto con Silvia –Marta había llegado a la conclusión de que si no era con ella, tampoco sería con su amiga.

–Habrase visto... Vale –Paquito accedía a las condiciones de la muchacha–. “Piños”, tráete dos Coca-Colas.

En verdad, aquello no había sido más que otro de los tira y afloja con los que aquella pareja disfrutaba y, en cierto modo, para Paquito, una forma de cerciorarse de que Marta era de su propiedad, pues los celos de ésta al querer él compartir la Coca-Cola con su amiga, no habían hecho más que disipar cualquier duda de que comía de su mano cual perrito faldero, y esto, sin duda, le hacía sentirse superior, y le complacía enormemente.

La sala de recreativos ya estaba abarrotada de gente. El Chema se apuraba a dar cambio y vender pastelitos, y el fútbolín era reclamado insistentemente por otros muchachos; era el momento de salir de allí. Paquito, a solas con las dos chicas desde que su colega se hubiese ido a por las Coca-Colas, salió a la calle y se sentó en el banco que había frente a la sala, en la acera cubierta por un tejadillo de unos cuatro metros que abarcaba toda la

hilera de bajos comerciales, desde el Hogar del Pensionista hasta el final de los locales; ellas le siguieron. Recostó el culo sobre el respaldo del banco, y los pies sobre el asiento; Marta y Silvia únicamente lo observaron. Él echó una calada más –ya casi había terminado el cigarrillo–, y se dirigió a Marta en tono burlón.

–¿Y qué? ¿Qué tal con la culo gordo?.

“Culo gordo”, así era como Paquito se refería a la profesora de Lenguaje, una treintañera de caderas anchas y débil carácter, a la que él había amargado hasta la saciedad, hasta que se había cansado, hasta que había dejado de tener interés alguno, y había decidido actuar con ella de la misma forma que hacía con los demás profesores: ignorándola.

–No seas imbécil –le reprendió Marta.

–¿Por...? Tiene el culo gordo, ¿no? –respondió él.

–Sí...

Las dos amigas no pudieron contener la risa; les había hecho gracia el comentario de Paquito pues, si bien pretendía ser ofensivo, la desvergüenza con la que había respondido a la réplica de Marta, les había resultado graciosa; tanto, que no pudieron disimular sus risillas pícaras ocultas por las palmas de las manos.

–Pues eso... Culo gordo... –concluyó Paquito, orgulloso por el éxito de su comentario–. ¿Qué tal está?.

–Como siempre.

–Me echará de menos, ¿no?.

–Pues no preguntó por ti.

–Mejor...

La atención de Paquito se desvió hacia otro lado; “el Piños” llegaba con dos Coca-Colas, una para Marta y su amiga, y la otra para ellos dos. Paquito echó un largo trago, y le cedió la botella a su amigo. Otra calada al cigarrillo; sería la penúltima.

–¿Por qué no vas a clase? –le recriminó Marta.

–Porque no me da la gana –respuesta corta y contundente; no tenía nada que ocultar, ni nada por lo que disculparse–. Este año acabo.

–No te darán el título...

–Ni lo quiero –Paquito echó la última calada y tiró la colilla al suelo.

–¿Y qué vas a hacer?.

–No lo sé.

–¿Trabajar...?.

–Hasta los dieciséis no puedo –era consciente de la realidad del momento: la educación tan solo era obligatoria hasta los catorce años, pero la edad mínima regulada para empezar a trabajar eran los dieciséis–. Andaré por ahí. Viviendo la vida –no le gustaba que Marta tratase de dirigir su vida, así que, decidió cambiar de tema–. Oye... tu amiga ¿no va a decir nada?.

–Pues no sé. Pregúntale a ella –Marta parecía ofendida; le empezaba a molestar que Paquito estuviese tan interesado en su amiga.

–Oye, guapa ¿no dices nada?.

Silvia, de pie detrás de su amiga, no supo qué responder. Se encogió de hombros. Ni siquiera había bebido un sorbo de Coca-Cola; tan solo se limitaba a observar.

–Pues mal vamos así, eh. Que no muerdo –insistía Paquito-. Que me puedes hablar. ¡Joder con la tía! –acabó exclamando, la paciencia casi perdida.

–Déjala, ya hablará cuando quiera –le reprochó Marta.

–Y si yo quiero que hable ahora, ¿qué?.

–¿Y por qué tiene que hablar ahora?.

–Porque me sale a mí del pijo, ¿vale?.

–Serás imbécil...

–Y tú, subnormal –concluyó Paquito para luego dirigirse a la otra–. Silvia... Te llamas así, ¿no? –la muchacha asintió con la cabeza–. ¿Te ha comido la lengua el gato? –no hubo respuesta–. Pues vale. ¿De dónde eres? –último intento de Paquito.

–Castropol –al final Silvia respondió.

–¡Coño! ¡Tiene voz! –exclamó con sorna Paquito.

–¡Imbécil! –un nuevo reproche de Marta.

–¿Qué pasa? –fue como respondió Paquito al reproche, para seguir hablando con Silvia–. ¿Y cómo es que estás aquí? –le preguntó.

–A mi padre le dieron trabajo en ENSIDESA –respondió Silvia, tímidamente.

–Ah, mira que bien. ¿Y dónde vives?.

–Hacia la mitad de la carretera del Obispo. En unos pisos nuevos...

–Ya sé... –le dijo Paquito tras recapacitar unos segundos–. ¿Y...? – pretendía sacarle más conversación.

–Ya está bien, ¿no? –interrumpió una Marta cada vez más ofendida.

–¿Qué te pica?. Ahora que la tía empieza a hablar, vas tú a molestar –la recriminó Paquito–. ¿Qué quieres?.

–Pues que la dejes en paz –a Marta no le gustaba que Paquito se centrara en su amiga y no le hiciese caso a ella.

–¿Qué estás celosa?.

–A lo mejor sí...

Paquito esbozó una sonrisa de satisfacción; le agradaba ver celosa a Marta, pues era como si con ello se demostrara que él era su hombre, y que ella era únicamente de él, de su propiedad; él era quien manejaba a su antojo a aquella mujercita que sabía era la más deseada de la clase por aquellos niños que tenía por compañeros, y saberse seguro de esto le hacía sentirse grande, importante, enorme. Echó un último trago a la Coca-Cola y le cedió la botella a su colega. Miró a Marta a los ojos. Sonrió pícaramente y se bajó del banco. Con aquellas maneras chulescas y arrogantes que tanto le caracterizaban se fue hacia Marta, la agarró de la cintura con las dos manos, y la trajo hacia él, hasta ponerla bien pegada a su cuerpo; ella, por unos instantes, hizo amago de resistirse.

–Pues no tienes porqué... Ya sabes que a mí solo me gustas tú –le dijo ante la atónita mirada de los otros dos.

–Ya... seguro... -la voz firme y desafiante de Marta se tornaba en balbuceo tímido.

–Y tanto.

–¿Quedamos esta tarde? –le preguntó ella con voz suave.

–No sé. Tengo cosas que hacer –había que interpretar el papel de chico duro.

–Pues a mí me apetece quedar –ella insistía.

–Pues yo no sé si podré –él se resistía, aunque en el fondo sabía que acabaría acudiendo a la cita; solo era cuestión de hacerse querer, de hacerse un poco el duro para que ella lo deseara más.

–Bueno... y entonces... –balbuceó Marta; hubo un atisbo de enamoramiento juvenil en el tono de su voz.

–Depende... ¿por dónde andarás? –le dijo Paquito sin dejar de sujetarla por la cintura.

–Estaré por donde siempre. A eso de las seis.

–Ya veré... Si puedo me paso.

Pasaría, de eso estaba seguro, pero era mejor dejarlo en el aire, así ella tendría en qué pensar el resto del día hasta que llegara la hora de la cita.

Paquito acariciaba con sus dedos la mejilla de la chica, cuando la sirena del colegio les interrumpió. Ella dio un salto hacia atrás y se alejó del chico. El estridente sonido de la sirena marcaba el final del recreo y, por tanto, el momento de regresar a las aulas.

–Vale. Es la hora. Hasta luego –se despedía Marta.

–Oye, ¿y por qué no me das un beso? –Paquito no parecía dispuesto a dejarla marchar sin más.

–Bueno...

La chica, siempre descarada, se mostraba tímida. Se acercó a Paquito y le dio un suave y rápido beso en la mejilla. No le dio tiempo para que se alejase; Paquito la cogió con fuerza del brazo y la acercó a él.

–¿Eso es un beso? –le reprochó Paquito.

–¿Qué quieres? –volvía la chica descarada y desafiante.

–Un beso como debe ser –sentenció Paquito.

Sin más, Paquito la cogió por la cintura con una mano y la arrimó a él, sujetándola fuertemente para que no se escapase. Con la otra mano la tomó por la barbilla, le levantó la cara, y la besó en los labios ante las miradas atónitas de Silvia y el “Piños”.

–Ala, ya te puedes ir. Y dale recuerdos a la maestra.

–Seguro... Hasta luego.

